

Prólogo

Jorge David Catalán ofm

...esperamos un cielo nuevo
y una tierra nueva
en los que habitará la justicia
(2Ped 3,13)

Muy temprano, todavía en la oscuridad de la noche, se dibuja la figura de un fraile con la mirada dirigida hacia el sol que nace¹; allí se queda un largo rato en silencio, como una brizna estremecida por la brisa de la mañana o una hoja llevada por el viento. En aquel lugar, el encuentro del discípulo con su Señor se torna palabra y voces de súplica, reconocimiento, anhelos y alabanza.

El alma callada y el corazón aquietado se abren al misterio que se muestra en la contemplación, y el espíritu humano crece a partir de aventurarse en el territorio del silencio. Es también en este silencio donde el creyente se nutre y saca sus frutos. De allí obtiene un alimento que no se queda encerrado en un yo egocéntrico, sino que se abre como don de sí mismo y se materializa en la entrega a otros, se hace visible, aparece como acontecer de gracia y de verdad.

Apenas perceptible, la luz comienza a insinuarse en la lejanía y con ella la oscuridad se transfigura en visión y horizonte de esperanza. Los pies se disponen nuevamente para seguir las huellas, queda todavía camino que transitar.

Los rasgos que caracterizan a Fray Mamerto Esquiú surgen inicialmente de una vertiente rural que tiene como escenario la montaña y el valle. Su fisonomía, por tanto, es la que se constituye desde ese paisaje. Por un lado, nos encontramos con la personalidad de un niño que nace y crece en un ambiente campesino, en contacto directo con la tierra; y, por otro, con el temple que se configura a partir de la orfandad y el desarraigo, la soledad y el silencio. Cuando Esquiú tiene diez años, pierde a su madre e ingresa al convento franciscano de Catamarca. Nueve años más tarde, muere su padre.

¹ Los frailes del convento histórico de San Lorenzo, provincia de Santa Fe, han recibido y transmitido el testimonio de ver a Fray Mamerto Esquiú permanecer con la mirada dirigida hacia el sol naciente. En su "Diario de recuerdos y memorias" Esquiú registra varios momentos de su paso por ese convento: antes de su viaje a Jerusalén (desde el 17 de febrero hasta el 11 de marzo de 1876), a su regreso de Tierra Santa en junio de 1878 y antes de asumir el Obispado de Córdoba (desde el 25 de octubre hasta el 27 de noviembre de 1880).

A lo largo de su vida, se puede percibir esa necesidad de pertenecer a un lugar y, al mismo tiempo, experimentarse sin lugar definitivo, transitando la tensión entre el arraigo y el exilio, entre la tierra y el destierro. Este sentimiento se percibe con más intensidad en los últimos años: en una carta del 6 de febrero de 1880, Esquiú agradece a los frailes de Salta porque ofrecieron “asilo a un pobre que andaba como sin lugar en el mundo y menos que en ninguna otra parte en su propio país”, en su primera homilía como obispo en Córdoba se presenta como “pobre y extranjero (...) el más miserable de los hombres y abrumado con una carga como de peso infinito” y en el sermón por la capitalización de Buenos Aires se define como “un hombre oscuro y extraño a sus propios hermanos”.

Por otra parte, las Cartas y el “Diario de recuerdos y memorias” dejan ver que en Fray Mamerto se afianza un estilo de entablar vínculos desde la calidez, la familiaridad, la franqueza, el buen humor y el trato cordial. Es un hombre con la mirada y el corazón despiertos, atento a lo que pasa en su entorno inmediato y en la sociedad. Desarrolla la capacidad de escuchar la voz de la historia, de la gente, de los hechos que se desencadenan en el país y que traen noticias de paz o de guerra.

Desde otra perspectiva, se encuentra en Esquiú la rara conjunción de ternura y profetismo. Su espíritu se abre a la escucha de lo eterno en el tiempo y desde allí su mirada se amplía hacia el otro: hermano, prójimo, Pueblo, Patria, América. Aquí también se puede notar una cierta tensión entre la búsqueda de silencio y retiro como camino de conversión y el espíritu inquieto que mantiene a Fray Mamerto continuamente movilizado: “me gusta la soledad y una vida retirada; sin embargo, mientras tenga fuerzas me veréis siempre inquieto de una a otra parte, solícito del bien de todos, procurando hacerme todo para todos” (homilía del 16 de enero de 1881).

El Dios que conoció Mamerto Esquiú es el que se revela como amor y misericordia, fuente de sabiduría, providente; un Dios con Asamblea, es el Dios de un Pueblo y de la historia y cuya presencia se siente a la primera ojeada (sermón de 1853). Es el Dios que se manifestó en el Hijo como Bien, Verdad y Justicia (sermón de 1861). Es el Dios de la revelación bíblica, mostrado por Jesús, el que hace presente y anuncia Fray Mamerto. Es el Dios del pobre (sermón de 1856) y es Jesucristo el que levantará a los humildes a la gloria de la eternidad (sermón de 1861).

Asimismo, Esquiú puede ver que en Jesús se hace visible el cumplimiento de la promesa de un cielo nuevo y una tierra nueva, el comienzo de una plenitud en camino y el proyecto de Dios encarnado en la historia que tiene como único desenlace la humanidad nueva prometida por Dios. De ahí se entiende que, en su último sermón

político, Fray Mamerto haya pedido inspiración sólo a Aquel que es verdad y paz y toda justicia (sermón de 1880).

Para esta edición de “Vida popular, milagro y pensamiento de Fray Mamerto Esquiú”, se revisaron los textos originales de Fray Juan Cortés, se sumó una nueva presentación de Beatriz Facciano y se incluyeron tres sermones políticos, extractos de las cartas pastorales dirigidas al clero y pueblo de la diócesis de Córdoba y algunos artículos periodísticos publicados por Fray Mamerto Esquiú en Catamarca y en Sucre, Bolivia. La Vida popular se ordena en ocho capítulos donde quedan registrados los periodos y facetas más importantes de su vida: 1) Primeros años, 2) Vida Religiosa, 3) Orador y patriota, 4) El exilio, 5) Tierra Santa, 6) Pastor de su pueblo, 7) Sus últimos días y 8) La santidad de Fray Mamerto. Finalmente, se agrega el relato del milagro aprobado por la Santa Sede y los anexos.

Quizás la figura de este fraile franciscano –que duerme a la intemperie y muere en el camino– sea una puerta que se abre, un grito que nos llama a tomar en serio las cosas de Dios y las cosas del hombre. Ante tanto deterioro eclesiástico y religioso, las voces proféticas, siempre acalladas de manera violenta, se tornan signos que orientan y reconducen, señales luminosas que a manera de antorchas rompen la oscuridad de la noche. Nos urge una vida eclesial verdadera, es decir, nutrida de Evangelio, con la centralidad en Jesucristo; retomar con espíritu nuevo la vertiente original de la vida cristiana de *ser en el camino* y el amor del discípulo a una libertad siempre construyéndose.

Córdoba, 19 de septiembre de 2020